ORAR EN EL MUNDO OBRERO

II Domingo de Pascua (19 de abril de 2020)

(Comisión Permanente de la HOAC)

Me dispongo a la oración leyendo y dejando que resuenen estos textos.

Confiamos en la amorosa Providencia de Dios que permita que la HOAC sea cada vez más lo que Él quiere, pero que, humanamente, no se vea tan clara, tan clara, que se pueda entrar en ella sin el más leve acto de fe sobrenatural (Rovirosa, OC, T.V. 332).

Es otro «contagio», que se transmite de corazón a corazón, porque todo corazón humano espera esta Buena Noticia. Es el contagio de la esperanza: «¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!». No se trata de una fórmula mágica que hace desaparecer los problemas. No, no es eso la resurrección de Cristo, sino la victoria del amor sobre la raíz del mal, una victoria que no «pasa por encima» del sufrimiento y la muerte, sino que los traspasa, abriendo un camino en el abismo, transformando el mal en bien, signo distintivo del poder de Dios.
El Resucitado no es otro que el Crucificado. Lleva en su cuerpo glorioso las llagas indelebles, heridas que se convierten en lumbreras de esperanza. A Él dirigimos nuestra mirada para que sane las heridas de la humanidad desolada (Francisco, Mensaje *Urbi et Orbi,* 2020).

Desde los textos, me sitúo en la vida

Seguimos confinados. Esperamos que sea una semana más. Esperamos ver signos de salida de esta situación, mientras que en ella somos invitados a descubrir, en las heridas del Crucificado y en las heridas de los crucificados, signos de esperanza. Aunque nos cueste verlos. Dispuestos a creer, porque el encuentro con el Resucitado cambia nuestra mirada. Busco, recuerdo, actualizo, hago presente esos signos de esperanza en mi vida.

Como Tomás

Como Tomás...
también dudo y pido pruebas·
También creo en lo que veo·
Quiero gestos·
Tengo miedo·
Solicito garantías·
Pongo mucha cabeza y poco corazón·
Pregunto, aunque el corazón me dice: «Él vive»·
No me lanzo al camino sin saber a dónde va·
Quítame el miedo y el cálculo·
Quítame la zozobra y la lógica·
Quítame el gesto y la exigencia·
Dame tu espíritu,
y que al descubrirte, en el rostro y el hermano, susurre, ya convertido:
«Señor mío y Dios mío»· (José María R· Olaizola sj)

Hoy me dice LA PALABRA…

Juan 20, 19-31.- Dichosos los que crean sin haber visto.

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos».

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor». Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo». A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «Paz a vosotros». Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente». Contestó Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!». Jesús le dijo: «¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto».

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

Palabra del Señor

Acojo la Palabra en mi vida

Qué distinto es lo que podemos ver cuando andamos solos, por nuestra cuenta, o cuando estamos en comunidad. Incluso qué distinto es lo que percibimos aun compartido con otros, cuando no está Jesús en medio de nosotros, de cuando es Jesús el verdadero centro de nuestra vida y misión.

La comunidad en la que falta Jesús es una comunidad encerrada, miedosa, que vive en la noche. Una comunidad sobrecogida y paralizada. Sin perspectiva, sin capacidad de leer los acontecimientos vividos, ni posibilidad de afrontar esperanzada el inmediato presente, el mañana cercano. Es una comunidad que ha perdido la esperanza, la ilusión, la creatividad, su misión… Una comunidad incapaz de novedad.

Pero Jesús se presenta vivo entre nosotros, toma la iniciativa, se pone en el centro de nuestros miedos. Trae su Paz. Y la comunidad, cuando es capaz de recentrarse en Jesús Resucitado recobra la paz, supera los miedos, cree, se llena de alegría, es capaz de acoger el Espíritu, y reencuentra su misión. Y, es capaz entonces de percibir los signos, incluso los más débiles signos, de la presencia del Resucitado. Incluso es capaz de reconocer en el Resucitado al Crucificado.

Qué manera tan distinta de vivir esta situación por la que pasamos este tiempo, si lo hacemos por nuestra cuenta, o como un grupo humano, sin más, desde nuestros miedos e ilusiones, que si lo hacemos centrados en Cristo. Qué manera tan distinta de poder leer los acontecimientos si hemos recorrido el camino de la Cruz con él, o si hemos estado a otra cosa. Qué manera tan distinta si es el Amor de Dios el que nos va sosteniendo en estos días, aunque no experimentemos, como nos gustaría, la claridad de su abrazo. Qué distinto, si, a pesar de todo, seguimos esperando, confiando, amando, sirviendo. Qué distinto, si fijos los ojos en Jesús, seguimos sus pasos en comunidad.

Descubriremos que, cuando menos lo esperamos, aparece la frescura de la vida, que el tiempo ha ido entretejiendo en nosotros nuestra entraña misericordiosa y fraterna, que podemos ponernos de rodillas a los pies de nuestras hermanas y hermanos para tocar sus llagas, para curarlas con nuestra fraterna escucha y la servicial entrega de nuestra vida; descubriremos que la herida cicatriza. Descubriremos que hay mañana, vida, esperanza, porque el Señor camina con nosotros. Y creeremos, y veremos al Señor. Y descubriremos que el Señor sigue haciéndose visible, vivo, cercano, en cada hombre y mujer a los que acompañamos, amamos y servimos, en las situaciones que van viviendo. Descubriremos el encuentro con Cristo en los pobres, a los que esta situación nos ha puesto aún más cara a cara.

El futuro se nos presenta difícil, más excluyente –ya lo es– portador de más pobreza, cargado de dignidad herida por las consecuencias que para el trabajo humano tiene lo que estamos viviendo. Quizá mucho de lo que sabíamos hacer hasta ahora, ya no valga, o al menos no de la manera que valía hasta ahora. Pero en ese futuro –quizá ya presente– es donde está la Galilea cotidiana a la que el Señor nos pide ir, en la que nos pide estar, en la que nos promete salir a nuestro encuentro.

Por eso, esta situación no es razón para encerrarnos, sino empuje para arraigar nuestra existencia, aún más, en las claves del proyecto del Reino, urgiendo la solidaridad y la comunión en nuestro mundo. Si ponemos a Jesús en el centro de nuestra vida personal y comunitaria, entonces tendremos vida, y sabremos comunicarla.

Este tiempo de pascua es tiempo de encuentro con el Resucitado, es tiempo para recentrar mi vida personal en él, y para animar que la comunidad a la que pertenezco se recentre también en Cristo, en su Quehacer Apostólico. ¿Qué me tengo que plantear a la luz de este evangelio en mi proyecto de vida? ¿Qué puedo aportar a mi equipo, para que nuestra vida y tarea se arraigue comunitariamente en el encuentro con Cristo?

Vuelvo a poner mi vida y mi proyecto en manos del Padre; oro:

Tomás

Posa tu mano en la herida
del pecho atravesado,
toca la muerte del corazón,
las angustias abismales,
los amores sin destino,
los golpes del alma
que nunca cicatrizan.

Mete tus dedos
en las manos taladradas
por el ácido corrosivo
de los trabajos duros,
por los cepos injustos,
por las siegas sin salario.

Acaricia con la yema de tus dedos
los pies perforados
de los emigrantes sin más tierra
que la pegada en sus heridas
en cada paso errante.

No tengas miedo de palpar
la huella de lanzas y de clavos.
¡Tus dedos sentirán
en el fondo de cada herida
un latido del resucitado!

(Benjamín González Buelta, sj)

Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús

Señor, Jesús,
te ofrecemos todo el día...

Que tu Reino sea un hecho en las fábricas,
en los talleres...
Que los militantes que sufren desaliento,
permanezcan en tu amor...

María, Madre de los pobres.
Ruega por nosotros.